

## PRESENTACIÓN

### El contexto eucarístico de la interpretación de la Palabra

*«Vayan y hagan discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que Yo les he mandado.» (Mt 28:19-20).*

No hay mejor introducción para situar las homilias que forman este libro, *Presencia y Luz*, en su contexto eclesial en donde nacieron, que la última palabra del Señor a sus discípulos conforme al Evangelio según san Mateo: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que Yo les he mandado. Y he aquí que Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28:18-20).

Y no hay mejor oportunidad para interpretar la palabra de Dios que en aquella celebración eucarística, la Última Cena, conmemoración que el Señor ha dejado como mandamiento para que los cristianos celebren. ¿Acaso no es así que Él está siempre presente con nosotros, y hasta el fin del mundo? Por ello, nosotros consideramos que la Divina Liturgia es, por excelencia,

el lugar adecuado para interpretar esta Palabra, precisamente cuando el pueblo de Dios está reunido alrededor del banquete del Reino de los cielos, hecho constitutivo de la Iglesia como cuerpo de Cristo.

Si la regeneración en la pila bautismal forma el acto de introducción en la Iglesia, este acto va de la mano con la enseñanza sobre cómo crecer en la vida dentro de este cuerpo. La predicación tiene, como objetivo, la instrucción y el crecimiento, tanto personal de los fieles como de la comunidad eclesial. Interpretar la Palabra de Dios en la Divina Liturgia no es solamente normativo sino que, allí, la Palabra interpretada edifica a todos los miembros del cuerpo de Cristo en el conocimiento del Dios verdadero, un conocimiento fundamentalmente *bíblico*, en el sentido de que es un conocimiento que nace de la comunión con Dios y no de una especulación racional sobre textos y hechos sagrados.

En efecto, en la celebración eucarística –según la tradición litúrgica bizantina ortodoxa que vivimos en nuestra Iglesia– la homilía se pronuncia al concluir la *Liturgia de la Palabra*, o sea, luego de la lectura del Evangelio, introduciendo justamente la *Liturgia de los Fieles* y abriendo el camino de ascenso de los fieles a la comunión y la participación del Cuerpo y de la Sangre de Cristo.

Desde esta perspectiva, *Presencia y Luz*, el título de este libro, manifiesta precisamente esta relación eucarística de la *Presencia* del Señor con nosotros por medio de su Palabra, y luego por la comunión de los preciosos Dones, el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Tanto la Palabra como la Comunión se viven como *Luz* que ilumina nuestras almas y cuerpos: una transfiguración completa

de nuestra existencia en el Monte Tabor de la celebración eucarística. Entender la Palabra y vivirla abre el camino para esta transfiguración; así lo revela la oración que precede la lectura del Evangelio: «Oh Soberano que amas a la humanidad, haz brillar en nuestros corazones la luz pura de tu divino conocimiento y abre los ojos de nuestro entendimiento a la comprensión de tus predicaciones evangélicas; inculca en nosotros el temor de tus bienaventurados mandamientos a fin de que, habiendo pisoteado todos los deseos carnales, vayamos en busca de un modo de vida espiritual, pensando y obrando cuanto es de tu agrado. Porque Tú eres la iluminación de nuestras almas y cuerpos, oh Cristo Dios, y a Ti rendimos gloria junto con tu Padre que es sin principio y tu Santísimo Espíritu bueno y vivificador, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.» (Liturgia de san Juan Crisóstomo).

*Presencia y Luz* reúne unas cuantas homilias pronunciadas en celebraciones eucarísticas por el archimandrita Ignacio Samaán. El autor –quien sirve como vicario episcopal para México de la Iglesia Católica, Apostólica, Ortodoxa del Patriarcado de Antioquía en México, Venezuela, Centroamérica y el Caribe– es teólogo recibido en la Facultad de Teología San Juan Damasceno de la Universidad de Balamand (Líbano) del Patriarcado de Antioquía; de aquella Iglesia fundada por los corifeos de los apóstoles, san Pedro y san Pablo, y también conocida tanto por el primer teólogo después de los apóstoles, san Ignacio (+109), el llamado *Teóforo* «revestido de Dios», como por su primer predicador, san Juan Crisóstomo (+407), el llamado *boca de oro*. El autor, fiel a la herencia riquísima de la Iglesia de Oriente, de donde él mismo proviene, quiso compartir este patrimonio en la totalidad de su

expresión para dar a su interpretación toda la claridad y la simplicidad que lo caracteriza. Es por ello que trata de interpretar unos cuantos textos del Evangelio, siguiendo el esquema del calendario eclesiástico de la Iglesia Ortodoxa –desde luego, diferente del conocido en otras Iglesias–, usando como herramientas todo lo que la tradición de su Iglesia dispone. Así su interpretación abraza todas las fuentes sagradas: la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia, las interpretaciones patrísticas de los pasajes bíblicos en cuestión, el desarrollo histórico del dogma, la himnografía de las fiestas y su interpretación a través de la iconografía. Así, se nota que el *colorido* de su interpretación alcanza connotaciones que abarcan una experiencia milenaria en el Espíritu, que se respira en la tradición de la Iglesia Ortodoxa de oriente.

Tal acercamiento al texto bíblico es muy justificable por el contexto en donde fueron pronunciadas estas homilias. Sin embargo, podemos distinguir también otra razón: el autor quiso alentar a las almas de sus oyentes, y ahora de sus lectores, en lo que él considera como respuesta a la sed que los cristianos sienten, especialmente en Occidente; sed de una espiritualidad que responda a sus inquietudes. Dicho acercamiento les permite aproximarse a la tradición de la Iglesia Indivisa: el Oriente cristiano, en realidad, quiere compartir con el Occidente cristiano lo que le fue dado como experiencia en el Espíritu Santo. Difundirlo es la mejor forma de retribuirlo, ofreciéndolo ahora al mundo hispanohablante donde el testimonio de la Ortodoxia encuentra un terreno fértil para compartir.

Es cierto que el emprendimiento del padre Ignacio no es el primero en cuanto a un testimonio de esta tradición y de dicho patrimonio de Oriente cristiano en Occidente

–y más en el mundo hispanohablante, ya que en este continente la ortodoxia se halla presente ya desde las últimas décadas del siglo XIX–. En realidad, él se une a la corriente de todos los testigos que lo precedieron, dando a su interpretación la gracia de ser en un idioma accesible a todos. Nuestro deseo es que esta palabra, así sembrada, llegue al corazón del fiel cristiano hispanohablante y que la reciba con toda la atención que merece.

+ *Silvan*

*Metropolitana de Buenos Aires y Toda Argentina  
de la Iglesia Católica Apostólica Ortodoxa  
del Patriarcado de Antioquía*